

CAPÍTULO IX

Si, como se desprende de la anterior disertación de física astronómica, el Sol es una masa gaseosa incandescente ó un globo de materias en fusión coronado de una atmósfera de gases inflamados, ¿en dónde moran sus habitantes y qué forma tienen?

Ya hemos dicho que, á cada promoción en la jerarquía de los seres que viven en el éter planetario, y que han sucedido al individuo superhumano, las perfecciones se aumentan, los sentidos se multiplican, la potencia intelectual se amplía considerablemente. Á medida que la criatura bienaventurada que antes fué humana se va elevando, por muertes y resurrecciones sucesivas, en la escala de los seres interplanetarios, va disminuyendo en ella la porción de substancia material que, unida al principio espiritual, componía su radiante individualidad. Para terminar la exposición de nuestro sistema, diremos que este ser superior, cuando ha sido suficientemente perfeccionado, exaltado, por sus encarnaciones diversas, por sus múltiples estaciones en la inmensidad del éter, termina

por llegar al estado de espíritu puro. Cuando llega al Sol, va desnudo de toda substancia material, de toda amalgama carnal: es una llama, un hálito; todo en él es inteligencia, sentimiento, reflexión, sin mezcla impura á su perfecta esencia. Es un alma absoluta, un alma sin cuerpo. La masa gaseosa y ardiente del Sol es, pues, apropiada para recibir á estos seres quintaesenciales. El trono de las almas debe ser un trono de fuego.

Más podríamos aventurar: podríamos afirmar que el Sol es, no solamente el asilo y el receptáculo de las almas que han terminado sus peregrinaciones por el mundo, sino que este astro no es más que el conjunto de estas almas, que han venido de los diferentes planetas, después de haber pasado por todos los estados intermediarios que hemos descrito. En este caso, el Sol no sería más que una agregación de almas.

Puesto que el Sol es la causa primera de la vida en nuestro globo; puesto que, como hemos demostrado, es el origen de la vida, del sentimiento y del pensamiento; puesto que es la causa determinante de la existencia de todo lo organizado, no es aventurado creer que los rayos del Sol son emanaciones de estas almas; que son emisiones de los espíritus puros que residen en el astro radiante; que llegan á nosotros y á cada uno de los diferentes planetas bajo la forma visible de rayos.

Aceptada esta hipótesis, ¡qué magníficas, qué sublimes conexiones se vislumbrarían entre el Sol

y los globos que gravitan alrededor de él! Entre el Sol y los planetas se establecería un cambio continuo, un círculo no interrumpido, un vaivén inagotable de radiantes emisiones, que harían nacer y mantendrían en el mundo solar el movimiento y la actividad, el pensamiento y el sentimiento; que conservarían en todas partes la antorcha de la vida. Veríamos las emanaciones de las almas que viven en el Sol descender á la Tierra en forma de rayos solares. La luz da la vida á las plantas y produce la existencia vegetal, que acompaña á la sensibilidad. Las plantas, después de haber recibido del Sol este germen sensible, le comunican á los animales, siempre á beneficio del calor emanado del Sol. Ved los gérmenes de las almas depositados en el seno de los animales desarrollarse, perfeccionarse poco á poco, pasando de un animal á otro, y concluir por encarnarse en un cuerpo humano. Ved poco después al ser sobrehumano sucediendo al hombre, lanzarse á las vastas planicies del éter, y empezar la serie de transmigraciones numerosas que gradualmente deben conducirle á la cima de la escala de la perfección espiritual, donde toda substancia material está eliminada y donde ha llegado el momento para que esta alma, así exaltada y llegada al más puro grado de su esencia, pueda penetrar en la suprema mansión de felicidad y potencia intelectual y moral, es decir, en el Sol.

Tal sería este círculo sin fin, esta cadena no interrumpida que uniría á todos los seres de la

Naturaleza y que iría del mundo visible al mundo invisible.

Á los que se rebelen con demasiada acritud contra la hipótesis que acabamos de emitir, les haremos una pregunta que seguramente les pondrá en un apuro, porque la ciencia no ha podido resolverla todavía. Les preguntaremos cómo se sostiene el calor del Sol y la luz, que es su consecuencia. Es evidente que las enormes cantidades de calor y de luz que el Sol envía á torrentes al espacio, salen de un manantial que no puede ser inagotable, que necesita renovarse, y como no hay efecto sin causa, es preciso que este astro saque de alguna parte esta cantidad inconmensurable de fuerzas que nos reparte por medio de sus rayos abrasadores.

Pouillet calcula que si el Sol no tuviera de dónde reparar las pérdidas que tiene, perdería un grado de calor cada siglo. Pero este cálculo no es exacto. Pouillet supone que el calor específico del Sol es el más fuerte que se puede concebir. Es verdad que el calor específico del Sol es desconocido, pero en lugar de suponerle de una potencia máxima, para lo cual no hay prueba ninguna, se le puede igualar en hipótesis á la del agua, que es bien conocida. Ahora bien; si se concede al Sol el calor específico al agua, se rectifica el cálculo de Pouillet y se llega á esta conclusión: que el Sol, si no tuviera de dónde reparar sus fuerzas, al cabo de 10.000 años estaría completamente apagado.

Según Tyndall, si el Sol fuera un bloque de

hulla que tuviera bastante oxígeno para hacerle arder á la temperatura propia de este astro, se consumiría por entero al cabo de 5.000 años.

Ahora bien; el Sol existe hace millones de años, porque los terrenos de transición de nuestro globo, donde se manifestaron los primeros seres vivos, remontan á millones de años, y sin embargo, su calor no ha disminuido desde los tiempos más remotos. Y la prueba de que no ha disminuido es que los climas son hoy lo que eran en la época terciaria ó cuaternaria, y en los terrenos terciarios y cuaternarios se encuentran las mismas plantas y los mismos animales que existen hoy, y si venimos á tiempos más próximos á nuestra época, nada ha cambiado en los dos ó tres mil años de que tenemos noticia por las tradiciones de los pueblos en la producción de nuestro suelo.

Si el Sol no ha perdido nada de su calor en millones de años, ¿de dónde toma este calor? ¿por qué medios se conserva el foco inmutable de este astro?

Á esta pregunta, ni la astronomía ni la física han podido contestar satisfactoriamente. En los tratados de física y de astronomía no encontramos más que hipótesis más ó menos ingeniosas, pero ninguna aceptable.

Una de ellas se formula diciendo que, girando el Sol alrededor de su eje en veinticinco días, este movimiento debe producir un frotamiento de su superficie contra el elemento en que se mueve, es decir, contra el éter. Si esto fuera cierto, el frotamiento

debería engendrar el mismo calor en la superficie de los planetas, cuyo movimiento de traslación en su órbita es mucho más rápido que el del Sol girando sobre su eje. Además, calculando la elevación de temperatura que resultaría del roce del Sol contra el éter, se ve que este calor sería suficiente apenas para mantener la radiación del astro solar durante un siglo. Por consiguiente, esta hipótesis es inadmisibile.

Otra teoría más racional es la que sostiene Thompson, explicando la conservación del calor solar por la caída constante de meteoros en la superficie del Sol. Una multitud de corpúsculos gravitan alrededor del Sol, acercándose lo suficiente para ser atraídos sobre su superficie y caer en él. Son asteroides que giran con gran velocidad alrededor del Sol y están cayendo constantemente en su superficie. Su caída desarrollaría un gran calor á consecuencia de la transformación de su enorme velocidad en calor, y este calórico, dicen los partidarios de esta teoría, sería suficiente para mantener la radiación solar.

Según esta teoría, la caída de estos asteroides en la superficie del Sol determinaría un aumento enorme en la masa de este astro, y desde que se le está observando, su volumen no ha aumentado. Estos cuerpos extraños, al aumentar su masa, hubieran producido en las órbitas de todos los astros en movimiento un aceleramiento que, por débil que fuera, sería sensible, y en el transcurso de

más de 2.000 años que se están haciendo observaciones celestes, siempre se ha observado una regularidad perfecta en la marcha de los astros de nuestro mundo solar.

Además, esta hipótesis supone en el Sol un elemento sólido y resistente, y este elemento no existe, según la nueva teoría de la constitución del Sol, que considera á este astro como formado de vapores y de gases, ó todo lo más como una esfera líquida. Prueba, además, que no existe este elemento resistente, el que muchos cometas, en su perihelio, han pasado tan cerca del Sol, que la resistencia de un elemento un poco denso hubiera alterado profundamente sus movimientos. Y los movimientos de estos cometas no han sufrido alteración alguna; siempre reaparecieron en el momento indicado por la curva regular de su órbita.

Esta última consideración, es decir, la falta de un medio resistente en el Sol, ha parecido totalmente grave á Thompson, uno de los autores de esta teoría, que la ha abandonado como incompatible con los hechos.

Últimamente se ha formulado otra hipótesis para explicar la conservación del calor solar. Según esta teoría, las substancias que hoy forman el Sol no han estado siempre reunidas tal como hoy las vemos. Sus moléculas estaban al principio relativamente muy distantes unas de otras, y formaban una masa caótica ó confusa. Bajo la influencia de la atracción, se fueron poco á poco reuniendo,

aglomerándose en un núcleo, que llegó á ser el centro de atracción de toda la masa. Esto equivale á decir que el Sol ha comenzado por ser una aglomeración de nebulosas, pasando más tarde al estado de materia adherente y continua. De este modo—dice Laplace—se formó nuestro sistema solar.

«Las moléculas de la nebulosidad solar—dice Balfour-Steward—, al precipitarse de este modo unas sobre otras han producido el calor; del mismo modo que cuando una piedra es lanzada desde lo alto de un precipicio, la última forma en que se convierte la energía potencial es el calor.»

Esta teoría es la más generalmente adoptada para explicar el origen primitivo de los planetas. Al acercarse así los elementos del Sol para formar un todo, habrían cambiado de estado físico, y de este cambio habría resultado un desprendimiento de calor que bastaría á explicar el origen del foco solar. Sabemos, en efecto, que la condensación de la materia va acompañada siempre de un desprendimiento de calor, y se ha calculado que una disminución de una milésima del volumen actual del Sol sería suficiente para mantener el calor solar durante 20.000 años.

M. Helmholtz, autor de esta ingeniosa teoría, ha calculado que la fuerza mecánica equivalente á la gravitación mutua de las partículas de la masa nebulosa equivaldría, en su origen, á 454 veces la cantidad de fuerza mecánica actualmente

disponible en nuestro sistema. Esta fuerza se habría gastado ya.

Estos cálculos son, sin duda, muy hermosos, pero tienen el inconveniente de apoyarse en la concepción de la *nebulosidad* del Sol, hipótesis que necesitaría ser examinada más de cerca para servir de base á tan importante deducción. Además, si el Sol hubiera sido caldeado por una causa física que hoy no ejerciera su acción, su calor, por considerable que se le suponga, hubiera disminuido necesariamente desde que existe este astro, y volveremos á repetirlo, el Sol no se ha enfriado. La hipótesis de la nebulosidad no es más fundada que las teorías precedentes.

De modo que ni la astronomía ni la física nos ofrecen una explicación satisfactoria del mantenimiento constante de la radiación solar. El buen sentido nos dice que este foco debe estar continuamente alimentado, pero la ciencia es impotente para descubrirlo hasta hoy.

Vamos á llenar el vacío que deja aquí la ciencia.

Según nuestro sistema, lo que mantiene la irradiación solar es el arribo continuo de almas al Sol. Estos espíritus ardientes y puros vienen á reemplazar las emanaciones que continuamente envía el Sol, al través del espacio, sobre los globos que le rodean. De este modo se completa el círculo no interrumpido de que anteriormente hablamos, que liga unos á otros, por los anillos continuos de una cadena común, á todos los seres de la Naturaleza,

y que une el mundo visible con los mundos invisibles. Podemos aventurar esta explicación de la potencia del Sol con alguna confianza, puesto que la ciencia nada nos ha podido decir en este punto.

En resumen, el Sol, centro de la agregación planetaria, fuente constante de luz y de calor, que reparte sobre la Tierra y los demás globos el movimiento, el sentimiento y la vida, es la mansión final de las almas depuradas, perfeccionadas, que han llegado á su más exquisita sutilidad. Entonces las almas están desnudas de toda amalgama material; son espíritus puros que viven en medio de la atmósfera inflamada y de las masas ardientes que componen el Sol. Este astro, cuyo volumen excede en mucho al de todos los astros reunidos que forman nuestro mundo, es suficientemente vasto para darles asilo. Desde este trono de fuego, las almas, todo inteligencia y actividad, presencian el espectáculo maravilloso de la marcha de todos los globos planetarios que componen el mundo solar. Situados en el centro de este mundo, penetrando los secretos de la Naturaleza y todos los misterios del universo, están en posesión de la dicha perfecta, de la prudencia absoluta y de saber sin límites.

El naturalista ginebrino Carlos Bonnet, en su *Palingénesis filosófica*, publicada en 1770, presintió la doctrina de la pluralidad de existencias del alma humana más allá de la Tierra. En el capítulo que lleva por título «Ligeras ideas sobre los bienes fu-

turos», traza el cuadro de las felicidades perfectas que disfrutaremos en aquella morada, y pone de relieve la ciencia trascendental que entonces poseeremos, y que nos revelará los secretos del mundo físico y del mundo moral.

«Si la suprema inteligencia—dice Carlos Bonnet—ha variado tanto sus obras en la tierra; si nada ha creado idéntico; si entre todos los seres terrestres hay una progresión armónica; si una misma cadena les abarca á todos, es probable que esta cadena maravillosa se prolongue hasta los mundos planetarios, que les una á todos y que éstos no sean más que partes constituyentes é infinitesimales de la misma serie.»

Ahora sólo descubrimos algunos anillos de esta cadena; no estamos seguros de observarles en su orden natural; no seguimos esta progresión admirable sino muy imperfectamente y dando mil y mil rodeos; encontramos en ella frecuentes interrupciones; pero sabemos que estas interrupciones no son debidas á la cadena, sino á nuestra falta de conocimientos.

Cuando nos sea dado contemplar esta cadena como he supuesto que la contemplan estas inteligencias, para las que principalmente ha sido creado nuestro mundo; cuando como ellas podamos seguir su continuación en otros mundos, entonces, y solamente entonces, veremos su dependencia recíproca, sus relaciones secretas, la razón inmediata de cada eslabón, y de este modo nos elevaremos

por una escala de perfecciones hasta las verdades más trascendentales y más luminosas.

¡Qué sentimientos inundarán nuestra alma cuando, después de haber estudiado á fondo la economía de un mundo, volaremos hacia otro y haremos un paralelo entre las dos economías! ¡Cuál no será entonces la perfección de nuestra cosmología! ¡Cuán generales y fecundos no serán nuestros principios, el encadenamiento, la multitud y precisión de nuestras consecuencias! ¡qué luz irradiará de tan diversos objetos sobre las otras ramas de nuestros conocimientos, sobre nuestra física, nuestra geometría, nuestra astronomía y nuestras ciencias racionales!

Todas las verdades están encadenadas unas á otras, y las más distantes están unidas por nudos ocultos; la misión del entendimiento es descubrir estos nudos. Newton se congratularía, sin duda, de haber sabido desentrañar las relaciones secretas de la caída de una piedra con el movimiento de un planeta; transformado un día en inteligencia celeste, sonreirá de este juego de niños, y su gran geometría no será más que los primeros elementos de otro infinito.

«...En estas moradas eternas, en el seno de la luz, de la perfección y de la felicidad, leeremos la historia general y particular de la Providencia. Iniciados hasta cierto punto en los misterios profundos de su gobierno, de sus leyes, de sus distribuciones, veremos con admiración las razones

secretas de tantos acontecimientos generales y particulares que hoy nos admiran, nos confunden y nos sumen en dudas que la filosofía no puede disipar siempre. Meditaremos sin cesar en ese gran libro del destino de los mundos. Nos detendremos en la página concerniente á este pequeño planeta, que nos es tan querido, cuna de nuestra infancia y el primer monumento de las complacencias paternales del Creador para el hombre. Allí descubriremos, no sin sorpresa, las diferentes evoluciones que este pequeño globo ha sufrido antes de revestir la forma actual, y seguiremos con la mirada las que está llamado á sufrir en el transcurso de los siglos... Una frase de esta página nos trazará también nuestra historia y nos hará conocer el por qué y el cómo de esas calamidades, de esas privaciones que ponen á prueba en este mundo la paciencia del justo, depuran su alma, abrillantan sus virtudes y quebrantan y anonadan á los débiles. Llegados á este grado superior de conocimientos, no se nos ocultará el origen del mal físico y del mal moral; les veremos distintamente en su fuente y en sus efectos más lejanos y reconoceremos que lo que Dios ha hecho está bien hecho.

»En la Tierra no vemos, y esto de un modo muy superficial, más que los efectos; las causas nos son desconocidas: entonces veremos los efectos en sus causas, las consecuencias en sus principios, la historia de los individuos en la de la especie, la historia de la especie en la historia del globo y la del

globo en la de los mundos. Hoy sólo vemos las cosas confusamente y como al través de un cristal ahumado; pero entonces las veremos con claridad y nos conoceremos como debemos ser conocidos, porque tendremos ideas incomparablemente más completas y más distintas de la obra y del obrero. Si le fuera posible á una inteligencia finita penetrar el secreto del universo en la contemplación de su Autor, de eternidad en eternidad sacaría nuevos tesoros de verdades, y después de pasar miriadas de siglos en la meditación, no habría hecho más que tocar superficialmente esta ciencia, de la que la más elevada inteligencia sólo posee los primeros rudimentos.»

Terminaremos este capítulo poniendo de manifiesto que las deducciones de la ciencia respecto al papel soberano del Sol en la economía general de la Naturaleza concuerdan con las concepciones religiosas de los pueblos más antiguos. El culto del fuego ha estado en práctica desde tiempo inmemorial en Asia, y sobre todo en la antigua Persia. Á Brahma le representan sentado sobre una concha terminada por una llama piramidal, que es el emblema del fuego. Su culto se reduce á invocar su nombre mañana y tarde, arrojando en cada ocasión tres veces consecutivas hacia el Sol; que es para los habitantes de la India la más bella imagen de la Divinidad, lo que cabe de agua en la palma de la mano; al mediodía, se añade la ofrenda de una flor, y cuando el sacrificio es de fuego, el ho-

locausto consiste en manteca fresca, purificada y derretida. De las costas de Persia salieron los primeros pueblos, los *aryas*, que vinieron á poblar la Europa. La adoración del fuego fué la primera religión del Asia antigua. Así lo ha demostrado el sabio orientalista M. Burnouf en su obra *Estudios acerca de la ciencia de las religiones*. Dice así en uno de sus capítulos:

«Fijando la vista en derredor suyo, los hombres de entonces (los *aryas*) advirtieron que todos los movimientos de las cosas inanimadas que se operan en la superficie de la Tierra proceden del calor, que se manifiesta espontáneamente, bien sea bajo la forma de fuego que quema, bajo la forma del rayo, ó bien bajo la forma del viento; pero el rayo es un fuego oculto en una nube y que se eleva con ella en los aires; el fuego que arde, antes de manifestarse está encerrado en las materias vegetales que le han de servir de alimento, y finalmente, el viento se produce cuando el aire está puesto en movimiento por un calor que le enrarece ó que, al retirarse, le condensa. Á su vez, los vegetales adquieren su combustibilidad del Sol, que les hace crecer acumulando en ellos su calor, y el aire es caldeado por los rayos del Sol: estos mismos rayos reducen las aguas terrestres á vapores invisibles, que forman las nubes llevando el rayo. Las nubes esparcen la lluvia, forman los ríos, alimentan los mares, que los vientos huracanados encrespan. Así, pues, toda esta movilidad que anima á

toda la Naturaleza en derredor nuestro es obra del calor, y el calor procede del Sol, que es á la vez «el viajero» y el motor universal.

»La vida les pareció íntimamente ligada á la idea de fuego... El gran fenómeno de la acumulación del calor solar en las plantas, fenómeno que la ciencia ha explicado después, fué observado muy pronto por los antiguos: muchas veces se habla de él en los Vedas en términos muy expresivos... Cuando encendían la leña en el hogar, sabían que no hacían más que *obligarla* á devolver el fuego que había recibido del Sol. Cuando fijaron su atención en los animales, el estrecho lazo que une entre sí el calor y la vida se les apareció en toda su fuerza; el calor mantiene la vida: no veían animales vivos en quienes existiera la vida sin el calor; al contrario, veían desarrollarse la energía vital en proporción del calor que recibía el animal, ó disminuir á medida que le iba faltando el calor. La vida sólo existe y se perpetúa en la Tierra con tres condiciones: que el fuego penetre los cuerpos bajo sus tres formas, una de las cuales reside en los rayos del Sol, otra en los alimentos ígneos y la tercera en la respiración, que es el aire renovado por el movimiento. Ahora bien; estas dos últimas proceden, cada una á su manera, del Sol (*surya*); su fuego celeste es, pues, el motor universal y el padre de la vida; el que engendra el primero es el fuego de aquí abajo (*agni*), nacido de sus rayos, y su segundo cooperador eterno es el aire puesto en

movimiento, que también se llama viento ó espíritu (*vayu*)» (1).

El culto del Sol está muy extendido todavía entre todas las tribus negras que habitan el interior del África; puede decirse que es la única religión de los salvajes africanos, y esta religión ha existido entre ellos siempre.

Los antiguos habitantes del Nuevo Mundo no profesaban otro culto que el del Sol. Esto está perfectamente probado por los archivos históricos que todavía se conservan de las poblaciones indias, como los Aztecas ó antiguos habitantes de Méjico y los Incas ó antiguos peruvianos. Don Antonio Solís, en su *Historia de la conquista de Méjico*, dice que al entrar los españoles en Tlascalala, después de haber derrotado al ejército mejicano, «se juntaron los senadores para tratar del remedio; y empezando á discurrir por su mismo asombro, confesaron que las fuerzas de aquellos extranjeros no eran naturales; pero no se acababan de persuadir á que fuesen dioses, teniendo por ligereza el acomodarse á la credulidad del vulgo, antes vinieron á recaer en el dictamen de que se obraban aquellas hazañas de tanta maravilla por arte de encantamiento, resolviendo que se debía recurrir á la misma ciencia para vencerlos y desarmar un encanto con otro. Llamaron á este fin á sus magos y agoreros, cuya ilusoria facultad tenía el demonio muy introducida

(1) *Revista de Ambos Mundos*, 15 Abril 1868.

y no menos venerada en aquella tierra. Comunicóseles el pensamiento del Senado, y ellos asistieron á él con misteriosa ponderación, y dando á entender que sabían la duda que se les había de proponer y que traían estudiado el caso de prevención, dijeron: «Que mediante la observación de sus círculos y adivinaciones, tenían ya descubierto y averiguado el secreto de aquella novedad, y que todo consistía en que los españoles eran hijos del Sol, producidos por su misma actividad en la madre Tierra de las regiones orientales, siendo su mayor encantamiento la presencia de su padre, cuya fervorosa influencia les comunicaba un género de fuerza superior á la naturaleza humana, que los ponía en términos de inmortales. Pero que al traspasar por el Occidente cesaba la influencia y quedaban desalentados y marchitos como las hierbas del campo, reduciéndose á los límites de la mortalidad de los otros hombres; por cuya consideración convendría embestirlos de noche y acabar con ellos antes que el nuevo sol les hiciese invencibles.»

Manco Capue, que subyugó al Perú y le impuso sus leyes, así como los Incas que le sucedieron, hasta que los españoles al mando de Pizarro y Almagro le incorporaron á la corona de España, todos fueron reputados hijos del Sol.

Todos estos pueblos primitivos, cuyas costumbres remontan hasta el origen de la humanidad, adoraban al Sol, obedeciendo sin duda á una

intuición misteriosa, á una voz secreta de la Naturaleza. Y es muy de notar que las concepciones religiosas de los pueblos más antiguos están en la armonía más completa con las deducciones más recientes y más autorizadas de la ciencia moderna.

CAPÍTULO X

Después de haber trazado el cuadro de las transmigraciones de las almas que partiendo del hombre tienden su vuelo hacia los espacios solares, volvamos al ser sobrehumano y veamos si este ser, que sucede inmediatamente al hombre, que es un hombre resucitado, encarnado en un nuevo cuerpo y que vive en las planicies del éter, puede ponerse en relación con los habitantes de la Tierra, á pesar de la inmensa distancia que los separa.

Estando este ser dotado de tantas y tan extensas facultades, no puede faltarle la de poderse comunicar con la Tierra y ejercer en ella cierta influencia.

Ignoramos de qué medios se vale para establecer esta comunicación; pero el hecho nos parece cierto, fundándose nuestra convicción en varios motivos.

No tememos afirmar que los prejuicios y las opiniones vulgares son casi siempre la expresión de alguna verdad. Observaciones mil y mil veces repetidas, tradiciones transmitidas de generación en generación y que se conservan sin alterarse al

través del tiempo, no pueden menos de ser verdad; solamente que como el pueblo en cuyo seno se ha formado y conservado esta tradición es poco ilustrado, interpreta sus observaciones en forma grosera; pero si despojamos las creencias vulgares de su envoltura material, en el fondo encontraremos una verdad cierta.

La idea de los *aparecidos* está muy arraigada en la imaginación de muchos pueblos civilizados. Pues bien; suprimamos la mortaja blanca y la forma humana de que la necia superstición de los campesinos reviste á los aparecidos, y encontraremos la idea de la comunicación del alma de los muertos con los vivos, es decir, el pensamiento á que tratamos de dar aquí forma científica.

Este mismo prejuicio popular de los aparecidos le encontramos ampliado y muy en boga entre gentes al parecer ilustradas, pero en el fondo tan ignorantes en filosofía como los habitantes del campo, y además entregados á un misticismo que embota su imaginación y excluye todo razonamiento. Nos referimos á los *espiritistas*.

Estas buenas gentes se imaginan que pueden por su voluntad y á su capricho hacer bajar á la Tierra las almas de los muertos, las de los grandes hombres ó las de sus parientes ó amigos. Invocan el alma de Sócrates ó Confucio, lo mismo que la de sus parientes, y se imaginan neciamente que á su llamamiento estas almas vienen á conversar con ellos. El intermediario entre el evocador y el alma

evocada es un individuo á quien dan el nombre de *médium*. El médium, influido por una alucinación habitual en él y sin darse cuenta, escribe en un papel las respuestas que da el alma evocada, ó más bien, escribe todo lo que se le ocurre á su pobre cerebro, creyendo de buena fe transmitir las respuestas venidas del otro mundo, y los que le escuchan aceptan como revelaciones de ultratumba lo que no es más que el pensamiento de un médium ignorante (1).

Sin embargo, hay en el espiritismo una idea verdadera y respetable: la posibilidad de ponerse el hombre en relación con las almas de los muertos; pero los medios groseros de que echan mano los partidarios de esta doctrina mística hacen que todo hombre ilustrado y pensador repudie toda solidaridad con ellos. Mencionamos aquí el espiritismo solamente como una expresión lisa y llana de la creencia popular en los aparecidos.

Probada la comunicación de los seres sobrehumanos con los habitantes de la Tierra, veamos cómo pueden establecerse las relaciones entre estos seres y los que moran en la Tierra ó en los otros planetas.

Durante el sueño es cuando se puede establecer esta comunicación; he aquí por qué: el sueño, ese estado tan curioso y todavía sin explicación, es

(1) V. Figuiet, *Historia de lo maravilloso en los tiempos modernos*.

una situación de nuestro espíritu durante la cual las funciones fisiológicas que mantienen nuestras relaciones con el mundo exterior están abolidas, mientras que el alma conserva una parte de su actividad. Durante este estado, en el que el cuerpo está sumido en una especie de muerte, el alma continúa frecuentemente obrando, sintiendo y manifestándose por el fenómeno del sueño. Ahora bien; en el ser sobrehumano, la parte espiritual, el alma, excede en mucho á la parte material; el ser sobrehumano es todo inteligencia. El hombre, cuando duerme y sueña, se acerca al ser sobrehumano más que cuando está en estado de vigilia, y entonces hay entre ellos más semejanza, más afinidad natural. Por consiguiente, las relaciones pueden establecerse mejor entre estos dos seres aproximados por la analogía de situación.

Se dice vulgarmente que la *noche da consejo*. Esto quiere significar que durante la noche es cuando recibimos las comunicaciones secretas y los consejos saludables de esos seres invisibles y queridos que velan por nosotros y nos inspiran con su suprema sabiduría. Muchas veces, cuando alguna cosa nos preocupa mucho, nos quedamos dormidos en medio de la mayor perplejidad é incertidumbre, y al día siguiente nos despertamos completamente decididos.

En la antigüedad y en la Edad Media se concedía una importancia extraordinaria á los sueños. Se les consideraba como obra de Dios: de aquí la

importancia que se daba á su explicación. «Un sueño es muchas veces un aviso de los dioses», decía Plinio. Y Tertuliano escribió que «durante el sueño se nos revelan los honores que esperan á los hombres; durante el sueño son indicados remedios, descubiertos robos, tesoros hallados».

En nuestra época también se concede grandísima importancia á los sueños, que no es otra cosa el hipnotismo, empleado con gran éxito en la curación de gran número de enfermedades que durante mucho tiempo fueron consideradas como incurables.

Entre los cristianos de la Edad Media estuvieron muy en boga las *visiones*. Durante el sueño, los santos, los inspirados, los devotos, recibían las comunicaciones de la más alta importancia.

También en el estado de vigilia podemos sentir la presencia y la influencia de los seres sobrehumanos. Pocas personas hay que, estando despiertas, no hayan sentido, sin darse cuenta, este género de influencia. Sentimos una dulce y ligera impresión, una especie de impulso misterioso y vago, que excita en nosotros una resolución imprevista, una inspiración repentina, una sugestión inesperada.

Pero no todos los hombres son aptos para recibir estas misteriosas impresiones. El ser sobrehumano sólo se manifiesta á los que ama y tienen para él el culto del recuerdo; á los que quiere proteger y defender contra las emboscadas y las difi-

cultades de la vida. Ya es un padre ó una madre que, arrebatados por la muerte á la afección filial, vienen á hablar al alma del que ha quedado sobre la tierra y les llora; ya es un hijo arrancado, en la aurora de la vida, á la ternura de sus padres, que viene á consolarles de su pérdida, á iluminarles con sus consejos, á darles, por la inspiración de su alta sabiduría, los medios de sobrellevar las pruebas de la vida en este mísero globo. Ya son dos amigos que se vuelven á encontrar á pesar de la barrera de la tumba; dos amantes que la muerte separó y que se vuelven á juntar; la mujer adorada que la muerte arrebató al esposo infortunado y que se revela á su corazón. Entonces renacen todos los sentimientos de afección mutua que existían entre ellos; la muerte, que pareció cortar los lazos de estas almas, no hizo más que ocultarles á los ojos indiferentes de los extraños.

Mas para recibir estas preciosas comunicaciones, es preciso que el hombre tenga un alma pura y noble y haya conservado el culto á los seres que ha perdido. La madre que ha sido indiferente para su hijo mientras vivió, ó que después de muerto no se acuerda de él, no debe esperar recibir las comunicaciones secretas por parte de este ser hacia el que no sintió ternura mientras vivió. El amigo que ha olvidado al que la muerte le arrebató, debe renunciar á estas manifestaciones secretas. Además, cualquiera que sea el recuerdo y la afección que se conserve hacia los seres que se han perdido,

los de instintos groseros y bajos é inclinaciones perversas no reciben este género de comunicaciones. Solamente la criatura noble y pura puede estar en correspondencia con estos seres privilegiados.

Hay en nosotros una fuerza moral que ninguna filosofía ha podido explicar: *la conciencia*. La conciencia es verdaderamente infalible. Á pesar de todo, á despecho de nuestro interés, aparente ó real, en todo tiempo, hablando al poderoso lo mismo que al débil, nos hace distinguir el bien del mal, lo honrado de lo que no lo es. La conciencia no es otra cosa que la impresión que nos transmite un ser que nos fué querido. Es un pariente, un amigo que la muerte nos arrebató y que se digna revelarse á nosotros para dirigirnos, para labrar nuestra felicidad.

Invitamos á nuestros lectores á interrogarse á sí mismos, á reunir sus recuerdos, á reflexionar sobre lo que pasa á su alrededor, y estamos convencidos de que descubrirán una multitud de hechos en armonía con lo que venimos exponiendo.
